

LA SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS: FRONTERAS, MIRADAS Y REFLEXIONES EN EL UMBRAL DEL SIGLO XX

M.^a Dolores Ramos Palomo

Discurso de ingreso como Académica de Mérito

Ilustrísimo presidente de la Academia Malagueña de Ciencias, Ilustrísimos académicos y académicas de esta institución, personal de la Universidad de Málaga, señoras, señores, amigos todos:

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento a quienes me han honrado al presentar y respaldar mi candidatura en la centenaria institución que hoy me abre sus puertas: un privilegio con el que nunca había soñado (Figura 1).



Figura 1. M.^a Dolores Ramos pronunciando su discurso de ingreso en la AMC.

Agradecimiento que extiendo a las personas que han contribuido a mi formación humana e intelectual a lo largo de los años. A mi familia, por proporcionarme el aliento y las alas que me permitieron dejar atrás la ciudad del Tajo, donde nació, la serranía, siempre presente en el horizonte, y sus “fronteras”: los cercanos valles de la provincia de Cádiz surcados por el río Guadalete y los pueblos blancos. En uno de ellos, Algodonales, solía visitar a mi tía Isabel, una mujer luchadora y valiente, como sus dos hermanas, una de ellas mi madre, y mi

abuela, espejo donde nos mirábamos todas. De ese pequeño mundo apenas condensado en cuarenta kilómetros de agreste paisaje, me despedí un día decidida a emprender los estudios de Filosofía y Letras en el Colegio Universitario de Málaga. Tomé esa decisión en una época en que las jóvenes de mi edad se dedicaban, generalmente, a otros menesteres: encontrar un novio formal y prepararse para ser una buena ama de casa y madre de familia.

Pertenezco a la generación estudiantil que, desafiando normas y peligros, salió a las calles para reivindicar una Universidad propia. Sin pretenderlo, modestamente, guiados por nuestro afán autonomista recreamos un acontecimiento histórico acaecido el siglo anterior, cuando la Sociedad Malagueña de Ciencias Físicas y Naturales empezaba a dar sus primeros pasos de la mano de Orueta y Prolongo, sus padres fundadores. Me refiero al efímero “cantón malagueño” del que nada decían los libros de texto y del que nada supimos hasta que cayó en nuestras manos la revista *Gibralfaro*, una publicación del Instituto de Estudios Malagueños. Sí, mi generación se echó a las calles para pedir la Universidad que no teníamos -hay que recordarlo en plena celebración de su 50 aniversario- y exigir las libertades que necesitábamos como el aire. Con razón afirmaba Manuel Vázquez Montalbán que por rechazar lo que no nos gustaba y oponernos a las leyes vigentes no solo fuimos una juventud rebelde sino inmensamente pecadora.

En Málaga encontré a mis maestros. El profesor Juan Antonio Lacomba, que tantas vocaciones despertó a su paso por el Instituto de Martiricos y la Facultad de Económicas, fue mi tutor de prácticas en el Curso de Adaptación Pedagógica. Bajo su atenta mirada, expliqué mi primera lección de historia: “Colonialismo político y neocolonialismo económico”. Con Juan Luis Carrillo, catedrático de Historia de la Ciencia de la Universidad de Sevilla, aprendí

durante sus años como profesor en la Facultad de Medicina malacitana la importancia de la Historia Social de la Ciencia y del trabajo en equipo -huellas que conservo a pesar del tiempo transcurrido- y la necesidad de espantar el miedo escénico en mis primeras clases. Enfundada en una bata blanca, inicié el estudio de la Sociedad Malagueña de Ciencias, la catalogación de sus manuscritos y el registro de su biblioteca en compañía de Jesús Castellanos, Pilar Durban y José Emilio Mercado. No puedo seguir hablando de esa etapa de mi vida sin rememorar la generosa amistad, la brillantez intelectual y la inteligente ironía de Jesús, que nos dejó pronto, demasiado pronto, confundido, quizá, por las luces de un amanecer que no era tal...

De aquellos años conservo otro recuerdo: las profesoras Isabel Jiménez Lucena y María José Ruiz Somavilla, enfrascadas, con la investigadora Pilar Gardeta Sabater, en sacar adelante el Catálogo de Publicaciones Periódicas de la Sociedad Malagueña de Ciencias, que vio la luz en 1992 (Figura 2). Los materiales reunidos en él siguen siendo decisivos para conocer las fuentes de información, los niveles de comunicación e intercambio de la entidad científica con otras similares dentro y fuera de España a lo largo del largo y complejo siglo que transcurre entre 1875 y 1975.

En este recorrido quiero reconocer la labor de quienes han colaborado conmigo en la tarea de rescatar desconocidas parcelas de la historia y la memoria en el Grupo de Investigaciones Históricas Andaluzas y el Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer. En el camino surge la figura de la profesora puertorriqueña Iris Zavala, Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Málaga, que nos honró con sus visitas académicas, repartió sus saberes y donó su valiosa biblioteca, más valiosa -por rica y accesible- que la imaginaria biblioteca de Babel de Borges, a la Facultad de Filosofía y Letras.

Maestra del lenguaje, el pensamiento crítico, la narrativa y el trabajo poético, fue una gran conocedora de las huellas dejadas en la Historia de España por liberales, románticos y masones, gentes desterradas de los libros de texto a las que había que buscar en las trastiendas de las librerías. Iris reivindicó en sus escritos la necesidad de retornar a la ética, extraviada en demasiadas ocasiones...

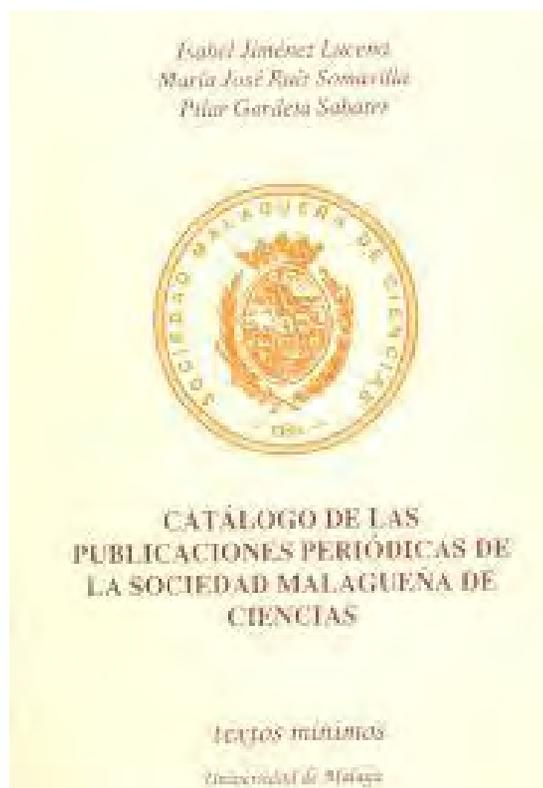


Figura 2. Portada del Catálogo de las publicaciones de la Sociedad Malagueña de Ciencias.

Una llamada a la ética lanzó la Sociedad Malagueña de Ciencias en el umbral del siglo XX, uniendo su voz a las que se alzaban en tribunas de prensa, ateneos culturales, sociedades librepensadoras, centros obreros, modestas tabernas y otros lugares de ocio. Demandaban una forma de hacer política que acabara con el caciquismo, las prebendas y el nepotismo, que desplazara a los partidos de notables para dar paso a los sectores sociales representados en los partidos de masas.

El grito "¡Qué vayan los ricos!" de las madres de los soldados que marcharon a Cuba certificó que había llegado la hora de que las multitudes entraran en la Historia. El desenlace de la guerra colonial generó una conciencia nacional de la crisis que conmocionó a la sociedad española y tomó cuerpo en los regeneracionismos. Salvar a la Patria se convirtió entonces desde todos los foros imaginables, incluidos los científicos, en una misión individual y colectiva que cada cual interpretaría a su manera.

Ese malestar llevó a los intelectuales, sensibilizados por el caso Dreyfus en la vecina Francia, a dar respuesta a la cuestión social, los

nacionalismos, las reivindicaciones femeninas y a la ola de creciente agitación entre clericales y anticlericales, removida tras el estreno teatral en las principales ciudades españolas del drama de Pérez Galdós: *Electra*, cuya temática secularizadora provocaba a diario manifestaciones a favor y en contra en calles y plazas.

Sabemos, y me sitúo ahora en otro ángulo, que la modernidad, de la cual participaba la España urbana, recibió un fuerte impulso con la segunda revolución industrial. El establecimiento de líneas de tranvías y de metro, los trenes de largo recorrido, las obras de ingeniería civil y la adopción de las primeras cadenas de montaje en las fábricas transformaron los usos del tiempo, el mercado laboral y la vida cotidiana. Tanto como las bombillas que iluminaban la noche y servían de reclamo a establecimientos comerciales y locales de ocio: cines, teatros, cabarés, restaurantes y cafeterías que permanecían abiertos hasta el amanecer.

Al calor de la modernidad se organizaron las grandes Exposiciones Universales de Barcelona en 1888 y las de París durante los dos años siguientes. En ambas ciudades se transformó el tejido urbano con la apertura de bulevares, avenidas y la instalación de nuevos monumentos. Mientras la Torre Eiffel se alzaba orgullosa sobre los tejados parisinos, el Grand y el Petit Palais lucían, asomados al Sena, sus techos de cristal y nervios de acero. En Barcelona, una vez derribadas la Ciudadela y sus murallas, se abrieron el Paseo de Colón, la Rambla de Cataluña y el Ensanche, dejando ver edificios institucionales, viviendas con chaflanes al estilo parisino y calles que lucían un renovado mobiliario urbano. Mientras tanto en los laboratorios se multiplicaban los avances científicos: Röntgen descubrió los Rayos X, Marie y Pierre Curie la radioactividad y Luis Pasteur formuló la teoría de las enfermedades infecciosas. El uso del microscopio permitió el estudio de las bacterias y los antibióticos mejoraron las expectativas de vida.

“Siglo XX, Cambalache” ... es un tango que adquirió fama en la voz del uruguayo Julio Sosa a un lado y otro del Atlántico. “Cambalache” es sinónimo de trueque e intercambio de cosas, generalmente de poco valor, según el Diccionario de la Lengua de la RAE. Carlos Gardel iba a recrear esos

cambios en otro aplaudido tango, “Yira, yira”: las luchas entre capital y trabajo, los grandes movimientos migratorios intercontinentales, las falsas expectativas del “sueño americano”, las aportaciones del arte y sus vanguardias a la vida cotidiana.

Es la *Belle Époque*. El modernismo se cuela, y de qué modo, en la arquitectura, la escultura, la pintura, el mobiliario urbano, la decoración, las artes gráficas, las portadas de libros y revistas; recrea elementos visuales ligados a la naturaleza, motivos florales y una espiral de líneas onduladas. Surge un “arte vivo” frente a las encorsetadas representaciones del canon oficial.

La Sociedad Malagueña de Ciencias experimenta también un vuelco histórico. Tras el fallecimiento de Domingo Orueta en 1895, el médico Antonio de Linares Enríquez ocupará la presidencia hasta 1909. Pertenecía a la institución desde 1883 y contaba con la experiencia que le había proporcionado el desempeño de diversos cargos en la Junta Directiva. Pero tropezó con la guerra colonial, la crisis del 98 y el discurso sobre los males de la patria de Lucas Mallada, ingeniero de minas, geólogo y padre de la paleontología española. Los socios dieron muestras de cansancio y apatía, hasta el punto de que la Junta Directiva tuvo que autoproclamarse en 1896 por el absentismo generalizado que se produjo durante la jornada electoral. Esta anómala situación se mantuvo hasta 1902, año en que la Sociedad de Ciencias empezó a desplegar una gran actividad divulgativa, didáctica, incluso pedagógica, que obligó a reformar sus estatutos. Fue Enrique Laza Herrera, farmacéutico ligado a los círculos naturalistas de la Institución Libre de Enseñanza, quien propuso -y logró- que se llevara a cabo la reforma estatutaria. La llegada a la Secretaría del humanista José Luis Álvarez de Linera Duarte contribuyó a que la entidad científica emprendiera una campaña de difusión de los estudios arqueológicos, etnológicos y mitológicos.

En la memoria del Curso Académico 1904-1905 encontramos las huellas del cambio: la Sociedad Malagueña de Ciencias se había transformado en un centro docente que abriría sus puertas a las clases populares, los estudiantes y las mujeres. Estas se sumaron a los actos programados tras subir a la tribuna de oradores Suceso Luengo de la Figuera, directora de la

Escuela Normal Superior de Maestras de Málaga, que impartió con notable éxito la conferencia “*Pedagogía Social*” (Figura 3). A Luengo le siguieron, en 1904, la danesa Margareta Melhaven y la francesa de origen polaco Eda Dybowska, las dos primeras socias ingresadas en la entidad científica, sobre las que volveré...

Recuerden, siglo XX, cambalache a lo grande en la Sociedad de Ciencias. Divulgar el conocimiento, impartir conferencias abiertas y establecer un programa de lecciones, lecturas y debates constituyeron una declaración de intenciones de hondo valor ético y cultural. Vistos desde la actualidad los objetivos de la entidad resultan tan abrumadores como los males que había que resolver: educar, civilizar, higienizar, prevenir, corregir, mejorar, sanar. Verbos expresados en infinitivo que alargan la acción y sugieren las deficiencias: analfabetismo, paro, accidentes de trabajo, hacinamiento, escasa pavimentación, aguas contaminadas, deforestación, inundaciones, ausencia de alcantarillado, escasa ventilación, epidemias recurrentes, delincuencia, mendicidad, alcoholismo, prostitución.

Una lista interminable de problemas que invita a reflexionar... Las corrientes



Figura 3. Portada conferencia Suceso Luengo.



Figura 4. Calle Pulidero, Perchel, 1906.

de pensamiento en boga -organicismo, positivismo, krausismo- y las ciencias sociales jugaron un importante papel en el diagnóstico de esos males. La Sociedad de Ciencias permanecería indiferente. Desde sus orígenes había hecho frente a la filoxera, el cólera y la viruela entre otras calamidades, construyendo una tradición investigadora y “asistencial” a la que no renunciarían las sucesivas generaciones de socios y socias. Por este motivo a comienzos del siglo XX se dictaron numerosas conferencias en su sede -coincidiendo con la creación por Francisco Silvela del Instituto de Reformas Sociales en 1903-, para difundir, y en la medida de lo posible solucionar, las aristas de la cuestión social. Un loable empeño al que contribuyeron el periodista Salvador Salas Garrido, que habló del encarecimiento de las subsistencias, sin duda uno de los problemas endémicos de Málaga; el abogado Eloy Millán autor de un discurso sobre las huelgas, asunto candente en aquellos momentos, y el médico militar José Huertas Lozano que abordó dos temas preocupantes: la mendicidad y las fases del problema social (Figura 4).

No eran cuestiones nuevas en la historia de España. La reformadora Concepción Arenal, fallecida en 1893, se había anticipado a nuestros conferenciantes. Rodeada de un grupo de mujeres progresistas, entre las que figuraba Juana María de la Vega, condesa viuda de Espoz y Mina, abogó por impulsar el asociacionismo, sanear las costumbres, extender la filantropía, mejorar el estado de las cárceles, eliminar la prostitución y explicar a los gobernantes que debían asumir la ética del cuidado y adoptar políticas sociales acordes con esa tarea. Sus ideas, compartidas con otras pensadoras y filántropas europeas, contribuyeron a diseñar las primeras proyecciones del Estado del Bienestar en los países escandinavos.

Uno de los hitos más significativos de la Sociedad Malagueña de Ciencias fue la fundación de la revista *Andalucía Científica* (1903-1904), “hija predilecta”, tribuna de prensa de la entidad y cauce de expresión del primer regionalismo andaluz (Figura 5). A pesar de su breve recorrido, la publicación es un exponente del movimiento de regeneración nacional que había sacudido desde el 98 los cimientos de la sociedad española y de la temprana cristalización de una conciencia andalucista.



Figura 5. Primer número de Andalucía Científica.

No es casual que la publicación considerara la higiene ambiental, social e individual como uno de los pilares que sostendrían el desarrollo socioeconómico, urbano y cultural de la región. El Congreso Provincial de Higiene celebrado en Málaga el mes de agosto de 1906 contó con el respaldo de Antonio Linares Enríquez y toda la Junta Directiva de la Sociedad de Ciencias. Las palabras del presidente, recogidas en las *Actas de Juntas Generales*, expresan su satisfacción por el progreso intelectual de Málaga y por todo lo que pudiera ser beneficioso para los intereses morales y materiales de la ciudad.

En este recorrido a través del tiempo y el espacio, dos de los grandes ejes del relato histórico, he entreabierto una vieja puerta para reencontrarme con las voces, las aportaciones y experiencias de quienes pertenecieron a la Sociedad de Ciencias en el cruce de los siglos. A pesar de los años transcurridos, reconozco sus huellas. Varones casados, padres de familia, propietarios, profesionales de elevado nivel económico vinculados a diversas instituciones y con aspiraciones políticas desiguales. El

grupo refleja la endogamia de la burguesía malagueña en el ochocientos y las primeras décadas del novecientos: una densa red de lazos familiares (casi un 42% de los socios eran parientes) y la ausencia de mujeres hasta 1904. Esta es la foto. Pero al examinarla cuarenta años después surgen nuevas preguntas. Soy consciente de que en tan modesto discurso no cabe tanta Historia, pero lo haré...

La puerta entreabierta invita a descifrar silencios y dudas con la avidez de quien llega a una frontera incierta, prometedora, estéril, peligrosa. Quien sabe... Al cruzarla se vislumbran diferentes caminos.

Uno de ellos conduce a la Biblioteca General de la Universidad de Málaga. A los boletines, informes y periódicos científicos que allí se conservan por expreso deseo de la Sociedad Malagueña de Ciencias. Pienso en los 144 manuscritos depositados en la segunda planta del edificio. Uno a uno, siguiendo el orden alfabético de sus autores. Desde el primero: "*Precauciones que hay que tomar enfrente de la epidemia variolosa*", de los médicos Aurelio Abela de la Torre y Cándido Salas Gutiérrez, al último: "*Observaciones climatológicas*", del naturalista Otto Wolffenstein. ¿Acaso estos manuscritos, envueltos cuidadosamente en fundas de plástico, no aguardan, pacientemente, la posibilidad de que nos fijemos en ellos? ¿No esperan que descubramos a sus autores? ¿No anhelan que interpretemos sus propuestas en el siglo XXI? ¿No esconden las respuestas a las preguntas que aún no les hemos formulado?

La relación revela la presencia de una sola mujer: Eda (Eduwiges o Eduvigis en castellano), Josephine Dybowska, casada en segundas nupcias con el agrimensor malagueño José Congiú Zafra. Una pionera sobre la que volveré...

La utilidad de la biografía y la autobiografía para construir la historia de las instituciones científicas ha sido señalada por Thomas Hankins, profesor de la Universidad de Whashington (Seattle). Este método de trabajo no solo permite el establecimiento de importantes vínculos entre el pensamiento científico y los factores políticos, socioeconómicos y culturales que lo rodean, sino que integra los resultados obtenidos -teoría, praxis y transferencia- en el *corpus* de la historia de la ciencia. No en vano el ovillo de saberes está tejido con hilos tan fuertes como

los que Ariadna proporcionó a Teseo para facilitar su regreso del laberinto cretense. Ese ovillo no puede ser desentrañado con facilidad. Jeanne D'Albert, una mujer adelantada a su tiempo, formada intelectualmente en la Abadía parisina de Port Royal a finales del siglo XVII, nos invita, pese a todo, a avanzar: "No hay nada imposible, nada [insiste], para un corazón valiente...".

El hecho de admitir que nos movemos en un escenario de luces y sombras no significa una renuncia expresa de la historia construida. Los investigadores Margarita Pascual Carretero y Pedro Jordán Gómez dieron un paso al frente con la elaboración de un exhaustivo estudio sobre las bases de la Sociedad Malagueña de Ciencias en el periodo fundacional y el siguiente. La biografía colectiva que trazaron en 1985 a partir de los datos personales, familiares, socioeconómicos, políticos y culturales de los socios refleja sus ideas, propuestas y actividades científicas. Muestra también numerosas líneas de fuga, puntos ciegos y silencios que tendrán que ser desvelados en futuras investigaciones. Por esta razón, guiada por el atrevimiento de quien traspasa por vez primera el umbral institucional de esta centenaria Academia, me atrevo a pedir a su presidente, el doctor Fernando Orellana, y a la Junta Directiva la adopción de incentivos que animen a la juventud universitaria a desarrollar líneas de trabajo sobre la Sociedad Malagueña de Ciencias.

La "biografía científica" es la lente literaria -entre otras lentes- que permite escribir una Historia Social de la Ciencia a partir del contexto intelectual y social de cada etapa, señalando procesos, decisiones, estímulos y obstáculos, entre otras cuestiones. Las iniciativas podrían multiplicarse. El hecho de conocer la trayectoria de vida de Mariano Alcántara Muñoz, director del diario católico *La Libertad*, explica sus reiteradas batallas para conciliar la fe y la ciencia. Si lográramos establecer los pasos del médico Antonio Bernal y Baquera, natural de la provincia de Matanzas (Cuba), más allá de saber que ejerció su profesión en Alfarnate, Villanueva del Rosario y la ciudad de Málaga, podríamos interpretar su interés por buscar soluciones a la cuestión social. Conocer la trayectoria vital y profesional de José Arévalo y Baca, socio correspondiente y catedrático de Ciencias de la Universidad de Valencia, y de Fernando

Chacón Giménez- Cuenca, tal vez contribuiría a explicar su ideario regeneracionista y su activa presencia en el Congreso Provincial de Higiene de Málaga. Todos ellos fueron socios y conferenciantes de la Sociedad Malagueña de Ciencias. Sus manuscritos aguardan.

Retomaré ahora el pulso de la entidad desde otro ángulo. Voy a resaltar las iniciativas del presidente de honor de la Academia Malagueña de Ciencias, Alfredo Asensi Marfil, empeñado en avivar la memoria colectiva sobre los orígenes y las etapas posteriores de la institución. Su interés se tradujo, citaré un ejemplo, en la reedición facsímil del artículo "Regeneracionismo, regionalismo y ciencia en Andalucía": la revista *Andalucía Científica* (1903-1904), publicado, originariamente, en la revista *Dynamis* (Universidad de Granada) el año 1985. El libro de Miguel Álvarez Calvente sobre la Sociedad de Ciencias tiene una información minuciosa, un interesante material gráfico y un valor añadido: su cronología, que se alarga hasta el año 2002. Muy útiles para liberar las huellas de la institución son las aportaciones publicadas en su Blog, las conferencias y otras actividades divulgativas. En la tarea de recuperación de la memoria histórica de la Sociedad de Ciencias sobresalen las iniciativas de las académicas Esther Cruces, Encarnación Fontao, Blanca Díez Garretas, María Pepa Lara y Mercedes Vico, así como la investigación de la profesora Encarnación Barranquero Texeira para visibilizar a las mujeres que formaron parte de la institución, recreando sus trayectorias y sus aportaciones profesionales en el *Boletín de la Academia Malagueña de Ciencias*. Considero que es necesario vincular las historias de vida de las académicas y la historia de la entidad científica a la que pertenecen, visibilizando sus aportaciones en un trabajo genealógico que será largo pero apasionante.

Las fuentes autobiográficas -diarios, confesiones, cartas- aportan recuerdos, experiencias y reflexiones sobre lo visto y vivido. Así, las memorias del naturalista Odón de Buen reflejan las dificultades que debió afrontar tras explicar la teoría evolucionista en las aulas universitarias. Separado de la Universidad de Barcelona por sus ideas, logró recuperar la cátedra de Historia Natural gracias al movimiento de protesta estudiantil desarrollado en numerosas ciudades españolas. Los recuerdos de Alberto Jiménez Fraud, recogidos en el libro *Historia de la*

Universidad española, revelan la importancia que el director de Residencia de Estudiantes otorgaba a la "holganza ilustrada", práctica cultural basada en la lectura, la reflexión, el contacto con la naturaleza y el intercambio de ideas, presupuestos que solo algunos privilegiados podían permitirse. Las cartas intercambiadas entre Suceso Luengo de la Figuera y los escritores Narciso Díaz de Escovar y Arturo Reyes aportan datos de indudable interés para entender la trayectoria de las escritoras a comienzos del siglo XX. Lo mismo ocurre con el manuscrito de Eda Dybowska "*Carnes nocivas para la salud*", en cuyas páginas iniciales la autora fija el recurso que debían utilizar las mujeres de ciencia, la captación de la benevolencia del público, por transgredir las normas que prohibían su presencia en espacios a los que no habían sido adscritas ni estaban llamadas a figurar. Recordemos que ese recurso fue utilizado por las ilustradas Inés Joyes y Rosa de Gálvez en el siglo XVIII, por las románticas Gómez de Avellaneda, Coronado, Fernán Caballero, o por las narradoras de la domesticidad Pilar Sinués de Marco, Ángela Grassi y Faustina Pérez de Melgar en tiempos de Isabel II, entre otras mujeres.

Retomemos de nuevo el hilo sobre la presencia femenina en la Sociedad Malagueña de Ciencias. Fue el presidente Manuel Sánchez de Castilla quien asumió por vez primera, asistido por toda la Junta Directiva, la necesidad de que las mujeres acudieran a las conferencias públicas organizadas por la institución. De algún modo había que empezar. Tímidamente, caballerosamente. Pero esta parcial apertura llevaría tiempo porque las mentalidades no cambian de un día para otro. Ignoramos la respuesta que dieron las malagueñas a esa llamada. El hecho es que el presidente Eduardo Navarro, reconocido abogado y escritor republicano, insistió en invitarlas en 1887.

Algo se estaba moviendo. Es significativo que los ponentes que abrieron el curso político del Centro Federal de Madrid en 1892 se dirigieran al público con un inusual "Correligionarios, correligionarias", que debió resultar bastante chocante a los oídos, incluso a los oídos republicanos, si tenemos en cuenta que los estatutos del partido no contemplaban la posibilidad de afiliarse a las mujeres. Sí, algo empezaba a moverse... En las filas políticas vetustos y sabios varones debatían el rol que aquéllas debían jugar en la esfera pública.

¿Quiénes eran y qué querían las mujeres? Con estas preguntas se inicia el siglo XX. Políticos, intelectuales y científicos, además de las propias implicadas, dieron sobradas muestras de su interés por responder esas preguntas y trasladaron el debate a la esfera cívica sin abandonar las propuestas pedagógicas del krausista Fernando de Castro, fundador de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer en 1870, proyecto educativo que contemplaba la creación de escuelas, la difusión de programas específicos y la organización de conferencias.



Figura 6. Fernando de Castro. Tomada de Internet.

Freud y sus discípulos, entre los que se encontraban las psicoanalistas Lou Andreas Salomé y Anna Freud, parecían obsesionados por averiguar qué querían las mujeres. Pero no fueron los únicos. El "enigma de la feminidad" no conocía fronteras. El escritor Yehudah Leib Gordon denunció la subordinación femenina en la ley judía, pero acabaría atrapado, como tantos otros, en las redes del enigma, interrogando a sus interlocutoras: "¿Quién eres tú?". Pregunta a todas luces reversible porque en el plano del lenguaje el yo y el otro fluctúan, se interpelan, buscan situaciones de consenso o de conflicto.

Con la llegada del nuevo siglo se produjeron en suelo español algunos tímidos intentos dirigidos a redefinir el matrimonio, la familia y las relaciones sociales de clase y género desde bases más igualitarias. Las encuestas sobre el divorcio publicadas por la periodista Carmen de Burgos en el *Diario Universal* obligaron a posicionarse a los

hombres de la generación del 98. Pío Baroja se declaró "partidario acérrimo" por considerar que el divorcio sería un revulsivo necesario en una sociedad pacata, "debilucha y esmirriada" como la española. Azorín pensaba igual, pero se mostró más cauto y contenido en su respuesta. Unamuno titubeó en público, pero reconociendo en una conversación privada con la periodista que sus opiniones sobre este asunto eran "tímidas", "atrasadas" y "aburguesadas". Los demás escritores no opinaron.

La Sociedad Malagueña de Ciencias no permaneció insensible a los aires de cambio. Las llamadas al público femenino, renovadas año tras año, produjeron el caldo de cultivo que llevaría a Linares Enríquez a dar el paso decisivo. En 1902 invitó a Suceso Luengo de la Figuera a la tribuna de oradores. La conferencia, a la que ya hemos hecho mención, marcó un antes y un después en la historia de la institución. Fiel a las ideas de Krause, Pestalozzi y Spencer, la autora defendió la necesidad de combatir con ellas las enfermedades del cuerpo social en todos sus frentes: familiar, escolar, médico, higiénico y penitenciario.

Málaga había acogido a Suceso Luengo en 1898. Procedía de Cuba, donde había ejercido la docencia y cultivado su vocación literaria, participando en numerosas campañas a favor de los soldados españoles que combatieron en la guerra colonial. Pronto se acostumbraría a apreciar los destellos de luz sobre el mar Mediterráneo. Aquí se hará cargo de la dirección de la Escuela Normal de Maestras, escribirá novelas y libros de poemas, participará en la vida cultural, ocupará diversos cargos en las instituciones públicas y hará amigos de por vida, como Narciso Díaz de Escovar y Arturo Reyes.

En la espiral de cambios producidos en la Sociedad de Ciencias con la llegada del nuevo siglo, Linares Enríquez adoptó otra importante decisión: proponer el ingreso de las dos primeras socias en 1904: la danesa Margareta Melhaven y la polaca Eda Dybowska de Congiu, que había añadido a su apellido el de su marido, como era costumbre en las mujeres casadas de la época. La procedencia de ambas no puede sorprendernos en una ciudad como Málaga, abierta al mar, cosmopolita, volcada en las relaciones comerciales exteriores, donde médicos, abogados, ingenieros y otros sectores

profesionales constituían una élite social a principios del siglo XX.

Llevada por el interés de descubrir quiénes fueron estas pioneras me he centrado, en colaboración con el profesor de la Universidad de Málaga Víctor Ortega Muñoz, en liberar sus huellas en archivos, bibliotecas y hemerotecas. Sabemos que redactaron y difundieron escritos científicos. No obstante, el poder, la autoridad y la proyección de imágenes de fuerza se les resistían, provocando su emplazamiento en los incómodos límites del “no” o en los estrechos y ambiguos márgenes del “no pero sí”, o el “sí pero no”.

Las aportaciones de Margarita Melhaven, de soltera Thomsen, han desaparecido. Contamos, en cambio, con algunos datos, todavía escasos, sobre su trayectoria personal. Nacida en Copenhague en 1874, mostró desde niña un espíritu abierto que se trocaría en la adolescencia en un claro interés por encontrar respuesta a los problemas que le preocupaban. Tenía 27 años cuando contrajo matrimonio con un compatriota, Andrés Charles Melhaven, dos años mayor que ella. En 1904 residían en Málaga, donde entablaron relación con algunos miembros de la Sociedad de Ciencias. Margarita, firme defensora de los derechos femeninos, alumbró cuatro hijos entre 1904 y 1910, dos chicos y dos chicas. Sus aportaciones científicas debieron ser meritorias para propiciar su ingreso en la Sociedad de Ciencias. Su rastro se desvanece en Málaga en la segunda década del siglo. Pensamos que debió regresar con su familia a Dinamarca, ya que a partir de 1925 aparece registrada con su marido y sus hijos en sucesivos censos de la ciudad de Copenhague.

Hemos puesto una pieza del puzle. Se trata de un indicio que puede tener continuación. O no... Ya veremos. Seguir sus pasos, o más bien adivinarlos, exige el esfuerzo de cruzar, mirada a mirada, pregunta a pregunta, hallazgo tras hallazgo, sucesivas fronteras de conocimiento.

Sobre Eda (Edwidge) Joséphine Dybowska Kosiorowska, las fuentes consultadas han sido más generosas. Vio la luz el 9 de enero de 1859 en París en una familia de emigrados políticos polacos. Su hermana Emilie fue acuarelista y alcanzó fama en el círculo de pintores de Montmartre durante el último tercio del siglo XIX; Ana, mayor que Eda, se ganaba la vida como profesora y traductora, siendo una gran

defensora de la identidad polaca en los círculos culturales parisinos.



M. Jean DYBOWSKI.

Figura 7. Jean Dybowski.

Su hermano Jean Dybowski fue un reconocido científico y explorador que realizó numerosos viajes al continente africano (Figura 7). Todos ellos estudiaron en la Escuela Polaca de París a la que siguieron vinculados de por vida mediante su activa presencia en la Asociación de Antiguos Alumnos, importante núcleo de sociabilidad que editaba el *Boletín Literario, Científico y Artístico* donde aparecen periódicamente informaciones sobre los Dybowski.

Eda Dybowska contrajo matrimonio en 1879, a los veinte años, con el químico francés Jules Marius Poileux, del que enviudó en fecha desconocida. Se casó en segundas nupcias con el agrimensor malagueño José Congiu Zafra el 11 de septiembre de 1892. La pareja vivió largas temporadas en París donde él, además de desempeñar su profesión, colaboraba en publicaciones científicas especializadas. Ella, ávida lectora y políglota, mostraba gran interés por las cuestiones botánicas, nutricionistas e higiénicas, sin abandonar por ello sus inclinaciones artísticas, acudiendo, como su hermana Emilie, a la escuela parisina de dibujo del pintor Rivoire. Sus acuarelas sobre

flores y plantas están recogidas en el Catálogo de Dibujantes y Diseñadores de París del año 1900. Esta actividad no le impidió participar en los Congresos de la Sociedad de Historia Natural de Francia, ni dictar conferencias ni escribir artículos en los Boletines de diversas instituciones. A tono con los tiempos, se empapó de modernismo y escribió en la revista ilustrada *Nos lectures. Chez de soi* sobre las manifestaciones de este movimiento cultural en la literatura iberoamericana y europea gracias a sus contactos con escritores latinoamericanos entre los que sobresale el venezolano Rufino Font Bombona, residente en París.

El único dato que tenemos sobre el acceso de Eda Dybowska a la enseñanza reglada es el diploma del Brevet Superieur que obtuvo el 4 de agosto de 1904, recibiendo una calurosa felicitación del Jurado. Poco después la encontramos en Málaga con su marido, donde él fue reclamado por motivos profesionales. La personalidad de Eda Dybowska debió resultar impactante en los círculos sociales y culturales donde se movía. Era una intelectual, una mujer de mundo, adelantada a su época, que impresionó al doctor Antonio de Linares Enríquez y al humanista José Luis Álvarez de Linera hasta el punto de proponer su ingreso en la Sociedad Malagueña de Ciencias en la sesión del 5 de noviembre de 1904. Dando muestras de su gran dinamismo, Eda Dybowska impartió su primera conferencia, "*Carnes nocivas para la salud*", el 15 de diciembre de ese año (Figura 8).

En el acto la oradora, tras un breve exordio, sentó como principio indiscutible de su discurso la necesidad de una alimentación sana para conservar la salud y evitar numerosas enfermedades. El periódico *La Unión Mercantil* calificó su disertación de "interesantísima, amena y de gran enseñanza" y vertió elogiosos

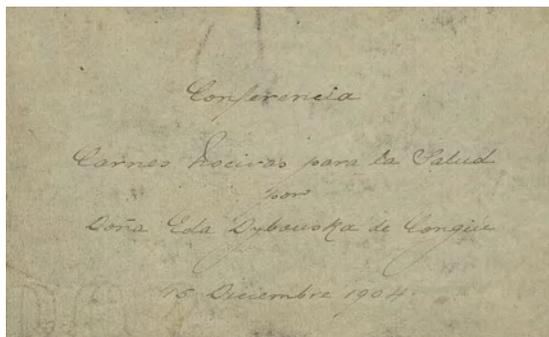


Figura 8. Portada de la conferencia de Eda Dybowska.

comentarios sobre la autora, de la que resaltó su "gran sencillez, galanura de estilo, dicción correcta, elocuente, y dominio de la palabra que hizo arrancar vivos e incesantes aplausos".

El manuscrito, conservado en la Biblioteca General de la Universidad de Málaga, tiene 39 páginas protegidas por una cubierta de cartón. Está escrito con letra moderna y tinta parda sobre papel listado. Presenta algunas enmiendas y en la página 19 aparecen dos pequeños dibujos a lápiz. El texto se divide en cinco partes: "Lema" (página 4), "Descomposición pútrida o putrefacción" (p. 10), "Carnes con parásitos" (p. 16), "Carnes virulentas" (p. 27) y "Otras carnes impropias" (p. 34), entre las que incluye la de los animales enfermos, los animales jóvenes que aún no han desarrollado los principios nutritivos necesarios y los viejos que ya han perdido esas condiciones.

Eda Dybowska dictó su segunda conferencia en la Sociedad Malagueña de



Figura 9. Portada conferencia Ciclo Vegetal.

Ciencias el 30 de noviembre de 1905, con el título "Ciclo Vegetal", aunque el manuscrito no se conserva, el texto se imprimió en los Talleres de José Supervielle ese mismo año.

Dybowska regresó a París en una fecha que aún no hemos podido establecer. Allí volveremos a encontrarla en 1909, dedicada a escribir artículos y a traducir algunas obras para la editorial Garnier. Sabemos que enviudó por segunda vez, pero ignoramos la fecha. Falleció en París el 24 de junio de 1913 (Figura 10) y fue enterrada en el Cementerio Père Lachaise.

Su actividad prueba que el silencio tejido a su alrededor no ha hecho justicia a sus aportaciones. Sus preocupaciones científicas, situadas en el campo de la higiene, la nutrición y la biología vegetal, reflejan su compromiso con un proyecto de vida que hoy calificaríamos

de saludable. Sus artículos literarios, sus traducciones, sus acuarelas y su colaboración en proyectos editoriales revelan su compromiso humanista, que debió ser muy grato a Linares Enríquez, Álvarez de Linera, Laza y otros representantes de la Sociedad Malagueña de Ciencias en los inicios del siglo XX.

La tarde avanza. Ha llegado el momento de poner fin a este discurso sobre los avatares de la Sociedad Malagueña de Ciencias en el cruce de los siglos XIX-XX. Lo hago festejando el amor de mi familia, recordando las horas de juventud pasadas en la Facultad de Medicina, sin las cuales mi presencia aquí carecería de sentido, agradeciendo a la Academia su acogida y a todos ustedes su presencia. Lo hago con las palabras de María Zambrano: "*Ahora me retiro, necesito que el corazón calle para tomar aliento*".



Figura 10. Hôpital Lariboisière Fernand-Widal donde falleció Eda Dybowska.